

Volverse padre de quienes nos dan la vida

Gabo y Mercedes: una despedida

RODRIGO GARCÍA BARCHA

MARTA MESA (traducción)

Literatura Random House, Barcelona, 2021, 104 pp., il.

TODOS NOS despedimos de un padre y una madre al final de la trayectoria de esas vidas que marcaron también las nuestras. Pero la despedida de este libro no es anónima; tiene tras de sí los nombres y las simbologías potentes de Gabriel García Márquez y Mercedes Barcha. Los Gabos, como los apodaban algunos de sus incontables amigos. En *Gabo y Mercedes: una despedida*, Rodrigo García Barcha recopiló una serie de fragmentos del diario que escribió para registrar los meses previos a la muerte de cada uno de sus padres, lo cual es el detonante para compartir sus reflexiones, recuerdos e impresiones con los lectores.

Llaman la atención el estilo sencillo y confesional y el tono de tristeza que imprime García Barcha en esta crónica, bajo la forma de diario íntimo. A la vez, se trasluce su mesura y contención ante el proceso de la enfermedad crónica de Gabo, ese padre suyo del que tiene plena conciencia que ha sido apropiado por muchas personas y forma parte del conjunto emocional de sus lectores, al igual que los personajes de ficción que creó. Los mexicanos lo sienten de allá, los colombianos lo reclamamos como nuestro; en últimas, fue un latinoamericano que difundió de forma incommensurable nuestra poética y nuestra geografía por todos los recodos del mundo letrado. El duelo que nos narra García Barcha comienza, tal vez, con la paulatina pérdida de memoria del padre, consecuencia del largo proceso de más de quince años en los que convivió con el cáncer y poco a poco fue tomando posesión de él la senilidad y sus devastadoras consecuencias. El enorme escritor que nos conmovió con el ingenio revelador de las páginas autobiográficas de *Vivir para contarla*, libro que abre con este epígrafe: “La vida no es la que uno vivió sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para

contarla”, paradójicamente, se fue quedando sin palabras para escribirla y rememorarla.

La memoria plasmada en este evocador diario del hijo mayor es un terreno dúctil, maleable, caótico y sensorial que se concentra en las dos últimas décadas de la vida de esta pareja icónica. Son contados los recuerdos anteriores, de la infancia compartida con su hermano Gonzalo, de la gloria literaria de Gabriel García Márquez, de las interacciones que los dos tenían con un padre absorto y sumergido casi por completo en sus universos ficcionales. Más bien, el foco está puesto en su introspección desde un rol de hijo que se vuelve el padre de quien le dio vida: en ese punto, el relato es universal, pues este parece ser un destino compartido por todos los hijos maduros cuando se desdibuja la vida del padre o la madre. Pese a la distancia que lo separaba de la residencia donde más permanecían los Gabos en Ciudad de México, es evidente que Rodrigo García se las arreglaba para viajar cuantas veces juzgara necesario, o para acompañarlos desde su casa, en California, cuando pasaban allí temporadas obligadas por los tratamientos médicos.

Algo que inquieta y asoma, más insinuado que aparente, y que por eso mismo cobra tanta importancia en estas páginas, es la presencia crucial de Mercedes Barcha en la vida del “club de los cuatro”, como les gustaba llamarse como familia, con una fuerte identidad que les daba distancia de la parentela colombiana. Un núcleo conformado por cuatro planetas, según la metáfora del autor de este libro, o tal vez por tres planetas que giraban en torno a la cálida luminosidad de la mujer, la esposa y la madre que, con sus fortalezas y un carácter incólume, firme, ansioso, implacable, goceas y a veces negador, sin duda, fue sostén del mentado club. Curiosamente, los últimos días de esta mujer son relatados en solo uno de los últimos fragmentos del diario, pero su figura y lo que representa están dosificados con delicadeza en muchas de las líneas.

Una cierta distancia que se percibe en la narración de García Barcha se acorta por completo cuando desnuda su propia vida en las últimas páginas del libro: así nos explicamos su decisión de establecerse en Los Ángeles, y su carrera como guionista y director

cinematográfico, para deslindarse de una figura avasalladora como fue la de Gabo.

Solo han pasado tres meses desde la muerte de mi madre, y me sorprende la rapidez con la que su figura se ha engrandecido para mí [...]. Mis sentimientos por mi padre, aunque amorosos, fueron más complejos, debido a que su fama y talento lo convirtieron en varias personas diferentes que tuve que esforzarme por integrar en una sola, rebotando siempre de un lado a otro entre emociones encontradas. (p. 100)

Entre otros aspectos que sobresalen de este diario compartido, está el humor de los Gabos. Rodrigo García menciona con picardía algunos apuntes y destellos de la personalidad del escritor que, aun perdido en el laberinto de su mente, despliega en sus interacciones cotidianas gracejos que arrancan sonrisas a las enfermeras encargadas de cuidarlo. Celebra la risa de su madre ante un timador que le esquilma dinero haciéndose pasar por alguien conocido del mundo editorial. Adicionalmente, la escritura contenida y a veces parca que predomina en el libro obedece, desde mi lectura, a las enseñanzas de discreción de Mercedes Barcha. Cuando fueron a la ceremonia pública póstuma en honor a García Márquez, en el Palacio de Bellas Artes de Ciudad de México, les indicó a sus hijos, nietas, nietos y nueras que no lloraran en público, y sin duda esa es la tonalidad de la paleta de colores sobrios y sin excesos que predomina en la narración de este escrito memorioso. También salta a la vista la omisión deliberada de nombres propios del círculo cercano de amigas y amigos, familiares, empleados y colaboradores de la casa: parece una decisión de no nombrar para no omitir, señalar o preferir a alguien en especial.

García Barcha dice que forma parte de aquellos que no conciben la vida sin la escritura. Este texto fue fruto de su torrente desbordado de palabras en inglés, como lo cuenta en una entrevista (*Los Danieles*, mayo de 2021), para alejarse del español, idioma enaltecido por las letras de su padre. Fue traducido por Marta Mesa y luego revisado de nuevo por el cronista para imprimirle su propia voz y sello cuando no se reconocía en algunos apartados. Tal vez ese ir y

venir entre las dos lenguas deriva en un texto que requería de una última edición que se echa en falta: en algunos trechos parece apresurado el resultado. La carátula en pasta dura y el papel de buen gramaje, junto con una bella tipografía, no tienen un equivalente en la calidad de las fotografías impresas, algunas de las cuales carecen de buena resolución.

El libro está dedicado a su hermano Gonzalo, el otro sobreviviente que resguarda la memoria del “club de los cuatro”. Muchas piezas imprescindibles se han escrito sobre las despedidas y los duelos dedicados a los seres que amamos, y en Colombia hay dos fundamentales: *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnett y *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince. Esta tiene la peculiaridad de mostrar una faceta casi desconocida y privada de la madre y el padre de Rodrigo García Barcha, desde su propia mirada, su encuadre y sus largos planos que plasman una sucesión de imágenes fragmentarias y delicadas de su despedida particular.

Mariana Serrano Zalamea